

Jessica Koch

Tan cerca del horizonte

Libros de
seda

Tan cerca del horizonte

Título original: *Dem Horizont so nah*

© Jessica Koch

Originally published under the title DEM HORIZONT SO NAH

© 2016 by FeuerWerke Verlag, Maracuja GmbH

Published by permission of Rowohlt Verlag, Reinbek bei Hamburg

© de la traducción: Neus Consola Calveras



La traducción de este libro ha sido respaldada por una subvención del Goethe-Institut.

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imágenes de cubierta: © Ira Budanova/Shutterstock

Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: M. xxxxxx-2019

ISBN: 978-84-16973-77-4

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*Dedico este libro a mi hijo y a mi marido,
a quien quiero agradecer con estas líneas su infinita
comprensión cuando estaba hora tras hora, día tras día,
con mis pensamientos más allá del horizonte.*

*Para Danny.
¡Opción dos, Danny! ¡Será siempre la opción dos!
¡¡¡Gracias!!!
Love you, too.*

PRÓLOGO - VERANO DE 1996

El teléfono lo arrancó de su sueño. Instintivamente miró primero hacia la puerta de la habitación, que estaba cerrada, y después hacia la ventana, abierta de par en par. Todavía era de noche, aunque ya se adivinaba el amanecer.

El radiodespertador indicaba que tan solo pasaban unos pocos minutos de las cinco, ningún problema para un madrugador como él. Pero era domingo. ¿Quién diablos llamaba tan temprano?

El teléfono no paraba de sonar, pero decidió no hacer caso.

«Tina», le pasó por la mente. Probablemente se encontraba de nuevo en un apuro, habría sufrido una crisis nerviosa o necesitaría urgentemente un sitio para dormir. Aunque, por lo general, le solía llamar al móvil.

Puesto que la persona que llamaba parecía muy decidida a sacarlo de la cama, se levantó de mala gana y, en camiseta y calzoncillos, anduvo a tientas hasta el teléfono, colgado en la pared del pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, medio dormido, al auricular.

—Soy yo, tu padre.

Reconoció la voz tras la primera sílaba y se despertó de golpe.

Se le erizó el vello de la nuca y sintió la tensión en todas sus terminaciones nerviosas.

—¿Qué quieres de mí?

—Soy tu padre, ¿acaso no te puedo llamar?

—¡No!

—Tengo que verte. ¿Puedes venir a visitarme?

—¡No quiero verte!

Notó que su padre se impacientaba. Siempre se impacientaba enseguida.

—Danny, es importante. ¡Me estoy muriendo!

—Bueno, por fin una buena noticia.

—Lo digo en serio.

—Sí, yo también.

La voz de su padre cambió, adquirió un tono suave, casi afectuoso, cuando comenzó a hablar otra vez:

—Por favor. Necesito hablar contigo antes de morir. Te tengo que contar algo.

Conocía este tono de voz. La urgencia con la que hablaba le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda de arriba abajo.

—Muérete tranquilo. ¡No me interesa! —contestó.

En el momento en el que iba a colgar, su padre empezó a gritar:

—¡Es todo culpa tuya, maldito bastardo! ¡Tendría que haberte tocado a ti y no a Liam! ¡Deberías haber sido tú! ¡Entonces todo habría sido diferente!

—¡Ahórrate el esfuerzo, ya no puedes hacerme daño!

A pesar de que lo decía plenamente convencido, no era verdad. Las palabras de su padre se le clavaban en medio del corazón, como siempre.

—¡Eres un bastardo arrogante y presuntuoso, Danny!

—¿A quién habré salido?

—De acuerdo. ¡Tú lo has querido! —Su tono de voz volvió a cambiar de repente, denotaba una tranquilidad amenazadora—. Ahora me vas a escuchar atentamente. Solo te lo diré una vez.

Danny escuchó. Su mano se aferraba al auricular con tal fuerza que empezó a dolerle y le aparecieron gotas de sudor en la frente. Por un momento creyó que el suelo bajo sus pies empezaba a temblar, pero eran sus rodillas, que amenazaban con ceder. Estuvo a punto de echarse a reír de lo absurdo que resultaba lo que oía. Todo parecía inverosímil y ridículo, aunque en el fondo sabía que era la verdad.

OCTUBRE DE 1999

— **V**iento del norte —dije con fingido dramatismo, señalando el horizonte—. ¡Cuando el viento sopla de esta dirección nunca trae buenas noticias!

—Tú ni siquiera sabes dónde está el norte —replicó Vanessa, riendo.

La noria se había detenido cuando estábamos en su punto más alto y me asomé por el borde de la cabina. Levanté los brazos hacia el cielo con teatralidad y tuve la sensación de que casi podía tocarlo con las puntas de los dedos. Las vistas desde allí eran impresionantes.

—Fue como si el firmamento hubiese besado la tierra en silencio...

—¡Eh! —dijo Vanessa, moviendo las manos delante de mi cara—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Desde cuándo eres tan poética?

—No lo soy, se me ha ocurrido sin más —respondí, y decidí regresar a mi estado habitual.

La noria continuó girando y yo volví a sentarme. Comencé a tamborilear con los dedos sobre la barandilla, impaciente. El trayecto para bajar duró una eternidad. Habíamos planeado hacer tantas cosas esa noche que no veía el momento de empezar.

Al bajarme de la noria seguía notando una sensación de ingravidez. Contenta, seguí a mi amiga a través de la plaza, que estaba prácticamente vacía. Vanessa vestía unos *jeans* ajustados y un jersey corto que, casi a cada movimiento que hacía, dejaba entrever su vientre. Con unos zapatos apropiados todavía habría sacado más partido a sus largas piernas, pero odiaba los tacones y calzaba, como siempre, unas discretas zapatillas de deporte. Yo no podía permitirme ese lujo. Para poder estar a su altura me había puesto unas botas negras de tacón alto y ancho que me llegaban hasta las

rodillas. Vestía un elegante jersey verde y blanco que, a mi parecer, quedaba bien con mi melena castaña rojiza. Hacía un calor poco habitual para una noche de octubre, tan solo el viento dejaba adivinar que se aproximaba el invierno. Soplaban viento del norte, habría podido jurarlo.

—¿Comemos algo rápido? —propuso Vanessa, indicándome un rincón para sentarnos.

Cada año íbamos juntas al Cannstatter Wasen¹. Acudir a la fiesta se había convertido para nosotras en una costumbre. Antes tenía que acompañarnos mi hermano mayor, Thorsten, para que nuestros padres se quedaran tranquilos; esta era la primera vez que íbamos solas. Vanessa y yo habíamos empezado nuestra formación profesional en verano. A ella le había costado mucho encontrar una plaza y había tenido que marcharse a Múnich, a trescientos kilómetros de mí. Por eso nos veíamos poco. Las dos nos queríamos sacar el carné de conducir el año siguiente, pero hasta entonces debíamos resignarnos a estar la una sin la otra. Exceptuando los días especiales como aquel.

Vanessa estaba sentada frente a mí y compartíamos unas patatas fritas cuando, de repente, me dio una patada por debajo de la mesa mientras señalaba hacia la izquierda con la cabeza.

—¡Mira, hace rato que nos observan!

—¿Eh? —Seguí su mirada. A algunos metros de distancia había tres jóvenes conversando, por lo visto sobre nosotras.

—¡Oh, no! —dije—. Espero que no se acerquen. —No quería ni imaginarme que alguien me robara mi precioso tiempo con mi mejor amiga.

—¿Por qué? Son guapos.

Me quedé mirando a los tres tipos con desconfianza. Tenían por lo menos veinte años, seguramente algunos más, y, en efecto, eran bastante atractivos. Uno de ellos destacaba por la altura, la espalda ancha, el pelo negro azabache y la tez oscura. Seguramente fuese español, o en todo caso mediterráneo. Los otros dos eran rubios. El más bajito llevaba la cabeza rapada y gafas. Incluso desde la distancia podía ver sus pecas. Comparado con los otros dos, que habrían podido perfectamente posar para un póster de la revista *Bravo*², parecía insignificante, del montón.

1 N. de la T.: Fiesta popular celebrada en el distrito de Bad Cannstatt, el más antiguo y más poblado de la ciudad de Stuttgart. Es una de las fiestas populares más conocidas en Alemania.

2 N. de la T.: Revista para adolescentes de mayor tirada en los países de habla alemana.

Cuando se dieron cuenta de que nosotras también los mirábamos, empezaron a darse empujones entre sí, señalándonos, y se pusieron en marcha.

—Estupendo —refunfuñé clavando la mirada en mi refresco de cola, que mantenía bien agarrado con las dos manos. Hacía semanas que esperaba con impaciencia pasar el fin de semana con Vanessa.

—Buenas noches —saludaron los tres al llegar a nuestra mesa. Por lo visto ya se habían puesto de acuerdo, porque se situaron junto a nosotras sin vacilar: el que parecía español y el tipo del montón se sentaron a izquierda y derecha de Vanessa; el tercero se sentó a horcajadas en el banco, a mi lado. A pesar de llevar el pelo revuelto, iba bien vestido y era increíblemente atractivo. No tenía el aspecto de alguien que acaba de levantarse.

«Dos para Vanessa, uno para ti», se burló mi voz interior. Siempre andábamos a la greña.

«Por lo menos hay uno para mí», me consolé. Seguramente habría proseguido con mi diálogo mental si alguien no me hubiese puesto la mano delante de las narices.

—Danijel —se presentó el rubio atractivo. Por pura cortesía le di la mano y levanté la mirada.

«Sus ojos son demasiado azules. ¿Por qué llevará lentillas de color?». El intenso tono me turbaba y me impedía apartar la mirada.

—Los que me aprecian me llaman Danny —continuó él.

—¿Y los que no te aprecian?

Mi pregunta lo desconcertó por un segundo, pero reaccionó enseñada.

—¡Todo el mundo me aprecia! —repuso, esbozando una sonrisa maliciosa tan bonita que me quedé mirándolo fijamente, incapaz de decir una palabra más. Parecía estar acostumbrado a este tipo de reacciones y me concedió un momento antes de preguntar:

—¿Y tú?, ¿tienes nombre?

Los otros dos se habían presentado como Ricky y Simon, pero yo oí sin interés sus nombres. Tardé unos instantes antes de poder contestar:

—Jessica.

En general yo no solía tener pelos en la lengua, ¿por qué diablos me intimidaba tanto?

—Jessica —repitió él en voz baja, afirmando con la cabeza. Entonces me hizo una pregunta que no logré comprender, porque todavía estaba

demasiado ocupada mirándolo fijamente. Tenía los pómulos altos, la barbilla fina y rasgos armónicos. Su sonrisa permanente dejaba al descubierto una línea de dientes blancos y simétricos. Llevaba un jersey gris con capucha y las mangas remangadas por encima de los codos. Me fijé en sus brazos, fuertes y musculosos. Era de complexión delgada, pero estaba en forma.

«Un deportista», concluí. En esos momentos mi cabeza trabajaba muy lentamente.

Me imaginé aplaudiéndome con ironía por haberme dado cuenta de lo evidente en lugar de responder a su pregunta.

Danijel chasqueó los dedos delante de mis narices, sacándome del trance.

—¿Todavía estás aquí? —me preguntó con cara divertida.

—Sí —contesté. Buscaba desesperadamente una respuesta inteligente.

—¿Te estoy incordiando?

—Mmm... es solo que hubiera preferido estar sola con mi amiga.

—Ajá — Le lanzó una mirada reveladora a Vanessa, que estaba manteniendo una conversación muy animada con Ricky. Entretanto, las mesas a nuestro alrededor se habían llenado y, debido a la algarabía, no conseguía oír bien lo que decían. Lo que estaba claro era que a ella no le importaba renunciar a estar a solas conmigo.

Simon tenía la mirada un tanto perdida y se agarraba a su vaso de cerveza.

—Siendo así... —prosiguió Danijel. Pasó la pierna izquierda por encima del banco y apoyó la espalda contra la mesa. Empezó a observar con interés a las personas de nuestro alrededor. Yo intentaba en vano reunir los restos de lucidez que me quedaban y, de algún lugar en el último rincón del área de Wernicke, logre rescatar mi lenguaje perdido.

En ese momento me fijé en una fina cicatriz irregular que tenía en la cara. Solo era apreciable si se miraba con atención, a pesar de que le cruzaba la mejilla izquierda.

—¿Qué te has hecho aquí? —Señalé la marca. Me habría abofeteado por no ocurrírseme nada más inteligente que esa pregunta demasiado personal.

Por suerte se lo tomó bien.

—¿Te refieres a esto? —Recorrió la cicatriz con el dedo—. Fue mi padre. Me estampó una botella en la cara.

—¿Cómo dices? —¿Hablabas en serio?

Sonrió para quitarle dramatismo a sus palabras.

—Sin querer, fue un accidente.

—Es igualmente grave —repliqué. No podía imaginarme cómo podía pasar algo así por accidente. Aunque, de todos modos, en estos momentos no podía confiar en mi juicio. El cartel con las palabras «fuera de servicio» seguía colgado.

Danijel se encogió de hombros.

—No pasa nada —repuso—. Incluso así soy bastante guapo.

«Chulo arrogante», pensé. Pero sabía que tenía razón. Puesto que no se me ocurrió ningún comentario apropiado, me quedé callada y vi que él empezaba a aburrirse. Entonces, dirigió su atención hacia dos atractivas muchachas rubias con zapatos de tacón y faldas demasiado cortas. Las observó fijamente durante un buen rato mientras yo le lanzaba a Vanessa una mirada irritada en busca de ayuda. Ella me miró brevemente con ojos radiantes antes de volverse de nuevo hacia Ricky. Puse los ojos en blanco.

Simon también había descubierto a las muchachas rubias.

—¡No lo conseguirás! —le gritó a Danijel.

—¿Qué te apuestas? —replicó.

—¡Tres a uno! —apostó Simon, que alargó la mano por encima de la mesa. Ricky interrumpió su conversación con Vanessa para mirar a las dos muchachas.

—Yo también voto en contra. ¡Cuatro a uno! —Repitió el gesto de la mano tendida hacia el retado.

—Veinte minutos. —Danijel se levantó, chocó las palmas de sus amigos y se dirigió hacia las muchachas. Me quedé mirando interrogativamente a Simon y a Ricky, que estaban demasiado ocupados sonriendo como unos bobos y no se dieron ni cuenta. Por un momento pensé iniciar una conversación con Simon. Con él se me habrían ocurrido mil cosas que decir, pero no me apetecía. Busqué con la mirada a Danijel, que ya estaba al lado de las dos muchachas y hablaba con ellas. Incluso desde la distancia pude ver cómo enrojecían y reían nerviosas. Danijel apoyó los brazos sobre los hombros de ambas y las sacó de mi campo de visión. Me limité a sacudir la cabeza, decepcionada.

«¿Qué representa este juego enfermizo?».

Tras lo que me pareció una eternidad, regresó y estampó triunfalmente una tarjeta blanca sobre la mesa.

—¡Las dos! —anunció con orgullo.

Ricky levantó las manos por encima de la cabeza y aplaudió tres veces. Simon silbó entre dientes en señal de reconocimiento, mientras le entregaba a Danijel un fajo de billetes. Ricky también se sacó un billete del bolsillo y lo tendió sobre la mesa. Danijel se guardó el dinero, junto con la tarjeta, y se sentó de nuevo a mi lado.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —me preguntó amablemente.

—¿Qué diablos ha sido esto? —lo increpé.

—Estábamos jugando, se llama la caza de números. Jugamos todos los fines de semana.

—¡Qué divertido! —respondí con sarcasmo. De repente sentí lástima por Simon, pues resultaba evidente que semana tras semana se iría a casa con el título de perdedor. Fruto de un impulso decidí darle al menos agradecido mi número de teléfono, aunque no me lo hubiera pedido, pero antes de dar el paso Danijel intervino:

—Me aburro.

—¡Vete a casa! —gruñí. Esperaba de todo corazón que no lo hiciera.

—Tengo una idea mejor, ¡ven conmigo! —Se puso en pie de un salto, me agarró de la muñeca y me levantó del banco. Los otros nos miraban con gesto interrogativo.

—¿Adónde quieres ir? —Casi tenía que correr para seguirle el ritmo. Se detuvo ante la torre de caída libre.

—Vamos a subir aquí —propuso—. Y después me darás tu número de teléfono.

—¡No a todo! —repliqué obstinada, con los brazos en jarras.

Me miró con cariño.

—Eres diferente a las demás. Me gusta.

«Vaya, vaya. O sea, que el señor yo-consigo-todo-lo-que-quiero necesita que le den calabazas. Bueno, entonces conmigo ha dado en la diana».

—Tan solo estoy calentando —contraataqué.

Riéndose discretamente, me colocó el brazo alrededor de los hombros y tiró de mí hacia él. Sus ojos buscaron los míos y tuve la sensación de que su mirada me atravesaba.

—Ahora. Vas. A subir. Aquí. Conmigo. —Danijel remarcó cada palabra, como dando una orden. Olía a gel de ducha y a loción de afeitado. Me flaquearon las rodillas.

—De acuerdo —consentí.

«¿Cómo diablos lo hace?».

Apenas dos minutos después estaba sentada en ese maldito cacharro, agarrándome muerta de miedo a la barra de seguridad. Entretanto había oscurecido y la vista sobre la feria era espectacular. Cuando llegamos a lo más alto, la atracción se detuvo para conceder a la gente un último instante de tranquilidad.

—¿Tienes miedo? —me preguntó Danijel.

—¡Sí, maldita sea! —protesté, mientras me proponía no gritar durante el descenso.

Fracasé estrepitosamente en mi propósito. Me sentí muy aliviada por salir más o menos ilesa y volver a pisar tierra firme.

—¿Tan horrible ha sido? —Su voz parecía compasiva.

—¡Te odiaré siempre por esto! —respondí, aunque no conseguí que la frase sonara creíble del todo.

Fuimos a reencontrarnos con los demás, que ya nos estaban buscando con la mirada.

—Queremos ir a la montaña rusa —anunció Vanessa nada más llegar—. ¿Os venís?

—Claro —contestó Danijel, mientras yo ponía los ojos en blanco.

En la montaña rusa, mi amiga iba sentada a mi lado y yo aproveché la oportunidad para susurrarle al oído:

—¡Larguémonos!

—¿Por qué?

—¡Después vamos al baño! —Esa era nuestra clave para decir «¡tenemos que hablar urgentemente!».

Molesta, Vanessa me siguió hasta el servicio de mujeres, y yo suspiré aliviada cuando por fin pudimos hablar a solas.

—¿Qué pasa? —me increpó—, para una vez que conozco a un tipo increíble, tú quieres irte a casa.

—¿Estás completamente atontada? ¡Nos están tomando el pelo! ¿Has visto lo que hacen? Ligan con una tras otra. ¡Es un deporte para ellos!

—Ya, ¿y qué? —respondió encogiéndose de hombros—. Tampoco he dicho que quiera casarme con él. Solo pretendo divertirme un poco.

—¡Eres insoportable!

—Y tú una estirada. Venga, vamos, tienes a ese Dennis o como se llama. Es guapísimo.

—Es arrogante y presuntuoso, y no lo soporto.

—Por favor. Solo una hora más —suplicó—, luego tendremos que irnos de todas formas para llegar al último tren.

—¡De acuerdo! —acepté resignada. —Una hora. Te haré una señal y entonces salimos pitando.



Estaba desesperada. Era la tercera vez que tosía disimuladamente, y ahora además acababa de añadir un carraspeo exagerado. Pero Vanessa se hacía la sorda.

—¿Tienes ronquera? —ironizó Danijel. Lo tenía pegado todo el rato como una lapa. No me molestaba, pero en su presencia perdía el control sobre mí misma y acababa haciendo cosas que no quería hacer.

Sin responder a su pregunta sarcástica, me dirigí hacia la muchedumbre pasando al lado de Vanessa. Por fin lo comprendió. Me siguió, aunque a regañadientes. Cambié repentinamente de rumbo unas cuantas veces y, adrede, me interné en una zona abarrotada de gente. En estas concurridas fiestas populares uno se perdía constantemente, así que no sería difícil quitarnos de encima a nuestros perseguidores. Sin vacilar, tomé a Vanessa de la mano y la arrastré tras de mí.

—¡No podemos hacer esto! —protestó.

Mi determinación se convirtió en euforia y no me detuve hasta que alcanzamos la salida.

—¿Nos hemos librado de ellos? —pregunté jadeando.

—Sí. ¡Buen trabajo! —Estaba realmente enfadada—. Me gusta. ¿Qué se supone que tengo que decirle cuando me pregunte por qué nos hemos largado de esta manera?

Sonreí muy contenta.

—Nada. ¡No volverás a verlo!

—Prometió que me llamaría. Imagínate: de vez en cuando va a Múnich por trabajo y quiere verme. Es técnico en telecomunicaciones y viaja mucho.

Furiosa, me golpeé la frente con la palma de la mano.

—¿Le has dado tu número de teléfono a ese pajarraco arrogante? ¡Pues que te diviertas con la desilusión! ¡A mí no vengas a llorarme!

—No lo haré.

Doblamos hacia una zona peatonal y nos dirigimos a la parada. Casi no había nadie en la calle.

—De verdad, Jessica, ¡no te preocupes! Solo quiero divertirme un poco con él.

Conocía la manera que tenía Vanessa de divertirse con los hombres. Aceleré el paso y la dejé atrás.



No vi venir el vehículo, que pareció salir de la nada y se dirigió hacia mí a excesiva velocidad. El enorme BMW negro dio un giro de noventa grados que hizo chirriar los neumáticos y se quedó atravesado en la calle, obstruyéndome el paso. Con un susto de muerte, empecé a jadear y me quedé completamente paralizada. El cristal del lado del conductor bajó y Danijel se asomó por la ventanilla.

—¿No te parece que has olvidado algo? —preguntó con autosuficiencia, mirándome de arriba abajo a través de sus extraordinariamente largas pestañas. Negué con la cabeza, llena de perplejidad. Él sacó el brazo por la ventana y me tendió la palma de la mano—. ¡Tu número de teléfono, por favor!

—¡Por Dios! —grité—. ¡Realmente tienes un problema!

—Es verdad —repuso con sequedad—, pero ahora no viene al caso. Tu número.

—¿Por qué? ¿Solo para que puedas ganar tu estúpida apuesta?

—Exacto. —Esbozó una sonrisa, seguro de su triunfo.

—¡Olvidalo! —respondí, dirigiéndome hacia la izquierda y rodeando el capó. Él se bajó, corrió hacia la derecha bordeando el automóvil por la parte trasera y se interpuso en mi camino. Algunos visitantes de la feria también se estaban marchando y lo increpaban por parar el vehículo en mitad de la calle. Danijel no hizo el menor caso y me dijo en voz baja:

—Podemos quedarnos aquí hasta mañana por la mañana. No voy a rendirme, en algún momento tendrás que darme tu número.

Quise pasar a su lado sin decir una palabra, pero me sujetó por el hombro y, con la mano libre, me colocó el pulgar y el índice alrededor de la barbilla y me obligó a mirarlo. De nuevo me vi sumergida en la fuerza de sus ojos del color del océano. Notaba cómo el corazón me latía en la garganta y en mi vientre se contraían unos músculos que hasta ese momento no sabía ni que existían.

Danijel ladeó la cabeza y se inclinó hacia mí. Percibí su olor.

«¡No contengas la respiración, Jessica, respira!».

Llena de expectación, abrí los labios, cerré los ojos y me aproximé a él. Él se rio por lo bajo y retrocedió un poco.

Me sentí como una idiota.

—Primero tu número —me susurró al oído, sacando el teléfono del bolsillo del pantalón.

Le dicté mi número, sobre todo para librarme de esa situación tan embarazosa. Lo anotó con satisfacción en su teléfono y lo guardó.

—Muchas gracias —dijo con una amabilidad exagerada, dándome un beso fugaz en la frente. A continuación me dejó allí plantada, entró en el vehículo e hizo rugir el motor. Las luces de marcha atrás se encendieron, el BMW retrocedió un poco y se detuvo de nuevo a mi lado. Danijel sacó la mano por la ventanilla y me tendió una tarjeta de visita blanca.

—Para ser justos —aclaró.

Sumisa, acepté la tarjeta.

—¿Para qué? De todos modos no vas a llamarme. ¡Y yo seguro que no te llamaré! —respondí, obstinada.

Él ya estaba subiendo el cristal.

—Te llamaré —replicó con ternura—. Te lo prometo.

Los neumáticos chirriaron y condujo marcha atrás a gran velocidad hasta salir de la vía de servicio. No sé cuánto tiempo llevaba allí plantada, mirando fijamente los faros, cuando oí a alguien carraspear.

Vanessa tenía los brazos en jarras y golpeaba suavemente el asfalto con la punta del pie.

¿Desde cuándo estaba allí?

—Vaya, vaya... —dijo con aire triunfal—. O sea, que yo estoy loca porque le he dado mi número de teléfono a un pajarraco arrogante, ¿no?

Me encogí de hombros sin saber qué decir.

—No he podido evitarlo, de verdad. ¡Creo que me ha hipnotizado!

NOVIEMBRE DE 1999

Durante el día, el teléfono móvil se convirtió en mi peor enemigo y, por la noche, soñaba con unos ojos azules que me perseguían para atravesarme con toda su intensidad. Había guardado con esmero la tarjeta de visita en mi bolso y no la había mirado ni una sola vez. No iba a llamarle ni en un millón de años. ¿Para qué? Ni siquiera me gustaba. Además, era evidente que yo no le interesaba lo más mínimo, si no ya habría dado señales de vida. Y no lo había hecho. En el fondo sabía que era absurdo esperar que me llamara, pero no me podía quitar su promesa de la cabeza.

Mi voz interior se desternillaba, riéndose de mí: «¡Eres una completa idiota si crees que tiene el más mínimo interés en ti!».

Al cabo de dos semanas me sumé a la opinión de mi voz interior y me propuse olvidarlo.

Desde la fiesta tampoco había vuelto a saber nada más de Vanessa y decidí llamarla. La localicé en el móvil.

—Hola —saludé—, cuánto tiempo. ¿Tienes mucho trabajo?

Estaba alterada, se lo noté en la voz.

—¡Jessica, hola! —gritó—. Lo siento, no tengo mucho tiempo. Estoy arreglándome. ¡Ricky llegará de un momento a otro!

—¿Cómo dices? ¿No estás en Múnich?

—Sí, sí. Va a venir aquí y pasaremos el fin de semana juntos.

Una oleada de envidia me abrasó como si fuera lava hirviendo.

—Bueno, pues que disfrutéis mucho.

Ella se percató de mi tono de voz.

—¿Qué pasa?

—Nada, todo va bien —gruñí—. Diviértete mucho con el pajarraco arrogante ese.

—¡Oh, mierda! —Suspiró con compasión—. Es por Dennis. No te ha llamado, ¿verdad?

—Se llama Danny —repuse enfadada. ¿Por qué acababa de nombrarlo como las personas que lo apreciaban?—. Y no, no me ha llamado, lo que era de esperar.

—Lo siento. Escucha, luego le preguntaré a Ricky qué pasa.

—Ni se te ocurra —repliqué—. No te molestes, de todos modos no me caía bien. —Pude imaginar la sonrisa de Vanessa al otro lado del teléfono.

—Está bien —aceptó—. Tengo que irme. Mañana, en cuanto tenga un ratito, te llamo. Te quiero. Hasta mañana.

Pulsé la tecla del auricular rojo con rabia. Sabía que era injusto no alegrarme por Vanessa. Yo había tenido una relación estable hasta hacía dos meses; ella, en cambio, llevaba años sola. Mi separación de Alexander fue difícil y agotadora. Él todavía albergaba esperanzas de volver conmigo. A veces me llamaba un día sí y otro también en un intento de recuperarme. Era casi un milagro no haber tenido noticias suyas desde hacía dos días. Sacudí la cabeza. El uno llamaba demasiado y el otro no lo hacía en absoluto. ¡Qué complicada es la vida!

Era viernes por la tarde y no tenía ni idea de lo que haría el resto del día ni durante el fin de semana. Vanessa no estaba y por nada del mundo acudiría a Alexander. Con un suspiro, abrí el bolso y saqué la pequeña tarjeta blanca. La observé durante un rato. En grandes letras negras se podía leer: «Danijel Alaric Taylor». Me llamó la atención la extraña ortografía de su nombre. Al presentarse había pronunciado su nombre a la inglesa. ¿Sería americano? No, era imposible. Hablaba un alemán perfecto y no noté ni el más mínimo rastro de un acento extranjero en su voz.

Debajo del nombre había una dirección: «Besigheim». En automóvil se encontraba a una media hora de distancia, pero en bus el trayecto podía convertirse en una vuelta al mundo.

En la esquina izquierda podía leerse: «Comercial de deporte y *fitness*». Su lugar de trabajo también era inaccesible para mí sin automóvil. En la parte derecha todavía había algo más: «Pabellón sur del Polideportivo. Deportes de combate. Entrenador juvenil». Deportes de combate, fantástico. La situación mejoraba por momentos.

Agarré el teléfono móvil y marqué el número que constaba bajo su dirección. Respondió tras el segundo tono.

—¿Sí?

Tragué saliva y me quedé callada.

Sin decir una palabra más, colgó. Me quedé mirando fijamente mi teléfono y tuve que hacer un gran esfuerzo de contención para no presionar la tecla de rellamada.

Irritada, arrojé el aparato sobre la cama y decidí salir a dar una vuelta con *Leika*, mi perra.



Mi teléfono sonó a una hora insólita, demasiado temprano para un sábado. El corazón me dio un vuelco y me quedé como electrizada. Busqué el móvil por la mesita de noche con el pulso acelerado y los dedos temblorosos, hasta que comprobé, decepcionada, que era Vanessa quien llamaba. Poco a poco recobré el ritmo cardiaco normal.

—¿Sí? —gruñí.

—¿Jess? —Estaba en el séptimo cielo, enseguida lo noté—. Es un chico increíble, el próximo fin de semana tengo que contártelo todo con pelos y señales.

—Hazlo ahora —le pedí.

—¡Está en el baño, no puedo hablar! —respondió entre dientes.

—Ah, bueno. —Sentí cómo la envidia me invadía de nuevo.

—Buenas noticias: el próximo sábado por la noche vamos a ir a La Ratonera. —Esa era nuestra discoteca habitual—. Ricky vendrá a buscarme a Múnich, ¿quieres venir? —Hizo una pausa antes de continuar—. Danny y Simon también vendrán. —Mi pulso se aceleró de nuevo, y no por haber oído mencionar el nombre de Simon.

—¡Ni loca! —repuse.

—Venga, vamos... —insistió—. Quedamos a las diez en la entrada. He pensado que tal vez pueda llevarte tu hermano, y luego Ricky y yo te acompañamos de vuelta a casa.

—No sé...

En mis pensamientos ya estaba revolviendo el armario para ver qué iba a ponerme.



Thorsten se mostró enseguida dispuesto a acompañarme y también se ofreció para volver a buscarme si hacía falta.

—No será necesario —le aseguré. Nos detuvimos frente a la discoteca—. Diles a papá y a mamá que dormiré en casa de Alexander y que probablemente regresaré el domingo.

Mi hermano asintió con la cabeza mientras yo abría la puerta del copiloto. Él sabía que Alexander y yo habíamos roto y que yo tan solo usaba la relación para justificar mi ausencia ante nuestros padres. Pero me encubría sin hacer preguntas.

Con pasos inseguros me dirigí hacia La Ratonera.

Simon y Danijel ya estaban en la entrada. Los descubrí de lejos y me escondí hasta que Vanessa y Ricky aparecieron por la esquina. Iban agarrados de la mano y me dirigí directamente hacia ellos.

—¡Nessa! —grité. Ella se me lanzó al cuello. Llevaba puestos otra vez unos *jeans* ajustados y, bajo una corta cazadora, un top que dejaba su vientre al descubierto. Estaba deslumbrante. Le tendí la mano a Ricky y saludé a Simon con la cabeza. A Danijel ni lo miré.

—¡Espero que hoy no te vuelvas a escapar! —intervino Ricky, guiñándome el ojo con un gesto muy elocuente. Ajá. O sea que Vanessa se había ido de la lengua y me había echado a mí toda la culpa de nuestra huida. Muchas gracias.

La discoteca estaba prácticamente vacía. Encontramos un rincón tranquilo en el que podríamos hablar por lo menos durante media hora. A ver si esta vez conseguía decir algo.

Vanessa y yo nos sentamos y los muchachos fueron a buscar algo de beber. Danijel me tendió el Bacardi con cola que había pedido.

—¡Aquí tienes! —dijo con una de sus arrogantes sonrisas—. Tal vez con eso hoy seas un poco más comunicativa.

Con esta frase fue suficiente. Cometí el error de mirarlo. A pesar de la débil luz, vi que sus ojos todavía eran más azules de lo que recordaba. Se pasó los dedos pulgar e índice por la barbilla y de nuevo me desconcertó.

—Estás enfadada porque no te he llamado —continuó.

Ricky y Vanessa no se despegaban el uno del otro. Seguían agarrados de la mano y se besaban constantemente.

Simon bebía cerveza y fumaba un cigarrillo.

—Las promesas deberían cumplirse —respondí con tono de reproche.

—Tienes que aprender a escuchar —me sermoneó. Podía literalmente sentir su mirada—. ¡Dije que te llamaría, no cuándo lo haría!

Me bebí la copa prácticamente de un trago.

—¿Y cuándo querías llamar?

—Siempre cumplo mis promesas. De verdad que he estado muy ocupado. Te habría llamado, te lo prometo.

Estaba casi decidida a creerle.

—Ah, sí, por cierto... —prosiguió—. Cuando vuelvas a llamar a alguien para no decir nada, sería aconsejable que ocultaras el número de teléfono. —Dio un sorbo a su refresco de cola—. ¡Si no, quedas como una tonta!

Noté el rubor en mis mejillas. Solo esperaba que la oscuridad impidiese que Danijel se diera cuenta.

—¿Y qué es lo que tenías que hacer? —contraataqué con un tono de voz demasiado caprichoso.

—Tenía una competición deportiva importante, y el fin de semana siguiente tenía que trabajar. Pluriempleo.

—¿Compites en deportes de combate? —De repente la conversación empezaba a fluir. La oscuridad y el ron eran mis aliados.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Y también ganas, a veces? —añadí, vaciando mi copa.

—Casi siempre. —Señaló mi vaso—. ¿Quieres otro? Parece que ayuda.

Asentí con la cabeza y él fue a buscarme otro Bacardi, que de nuevo medié en el primer trago. El alcohol ya se me estaba subiendo a la cabeza. Le tendí mi copa.

—¿Quieres?

Negó con la cabeza.

—No bebo alcohol.

—¿Por qué? —pregunté desconcertada.

—Por motivos personales.

Me encogí de hombros y vacié mi vaso.

—¿Y a ti qué te gusta hacer? —continuó.

—Monto a caballo, voy a torneos. Sobre todo hago doma clásica, hasta el nivel L. A veces también gano algo. Y soy radioaficionada. Por desgracia no tengo más que un mísero equipo con solo cuarenta canales. Es bastante patético, porque hay muchas interferencias. En algún momento podré permitirme uno con ochenta canales.

—Ajá.

La discoteca se iba llenando poco a poco y conversar resultaba cada vez más complicado.

Vanessa y Ricky nos dieron a entender que querían ir a bailar. Simon los siguió.

—¿Quieres bailar también? —me gritó Danijel.

—¿Pero es que sabes bailar? —El alcohol era un gran invento.

Asintió con la cabeza y señaló al pinchadiscos.

—A ese nivel todavía llevo.

Como de costumbre, me agarró de la mano y tiró de mí hacia la pista. Fui tras él como una muñeca de trapo.

En ese instante me empezó a vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. Me detuve, lo saqué y, levantándolo, dije:

—Lo siento, tengo que contestar. Será un momento.

Me solté de su mano y me dirigí al baño con la esperanza de encontrar un rincón tranquilo. Él me siguió, seguramente porque temía que me volviera a escapar.

—¿Sí? —vociferé al teléfono. Era Alexander. El que faltaba.

—No, no estoy en casa... He salido... Sí, en la discoteca. ¡No, no estoy con cualquiera, estoy con Nessa!... No, no volveré a ir a tu casa. Cuídate. Adiós.

Guardé de nuevo el teléfono en el bolsillo, con la firme determinación de no volver a responder.

—¿Tu novio? —preguntó Danijel con las cejas arqueadas.

—Mi ex.

—Ah. —No parecía muy convencido—. ¿Y él ya lo sabe?

—Estamos en ello. A veces le cuesta un poco aceptarlo.

Se me habían pasado las ganas de bailar.

—Tengo que hablar un momento con Nessa —dije, avanzando hacia la pista. Danijel me siguió. De reojo podía ver cómo su camiseta blanca brillaba en la oscuridad.

Tardé una eternidad en encontrar a mi amiga, que estaba estrechamente abrazada a Ricky. Simon se encontraba a algunos metros de distancia, bailando con una pelirroja algo rechoncha.

—Me ha llamado Alexander —le grité a Vanessa al oído—. ¡Creo que aparecerá de un momento a otro!

A pesar de que no lo vi, intuí que mi amiga ponía los ojos en blanco.

—¿Por qué le dices continuamente dónde estás?

—Es nuestra discoteca habitual, no es tonto. Nessa, si se deja caer por aquí, quiero irme a casa. ¿Podéis llevarme?

La idea de interrumpir la noche tan temprano no pareció entusiasmarle.

—Límitate a no contestar a sus llamadas. ¡En medio de esta multitud no te encontrará!

Ahora necesitaba otra copa. En medio del gentío había perdido a Danijel, esta vez sin querer. Decidí a pedir un *whisky* con cola e ir al baño antes de averiguar dónde se había metido. Siempre y cuando él no me encontrara a mí primero, claro. El tipo se pegaba a mí como el chicle en el pelo.

Cuando iba a secarme las manos, el móvil sonó de nuevo. Furiosa, tomé mi vaso del lavamanos y di un buen trago. Fue demasiado para mí. De repente, todo empezó a dar vueltas. Saqué el teléfono del bolsillo para apagarlo, pero sin querer contesté a la llamada.

—Estoy aquí —anunció Alexander.

—¿Dónde estás? —pregunté, sin acabar de comprender.

—En el aparcamiento de La Ratonera. ¡Sé que estás ahí!

—¿Qué quieres? —grité al auricular.

—Solo quiero hablar —replicó en tono conciliador—.Hablemos un ratito, luego me iré.

Algo de aire fresco me sentaría bien. El baño había empezado a tambalearse de una forma amenazadora. Fui al guardarropa a por mi cazadora y salí de la discoteca.

El enorme *jeep* Grand-Cherokee de Alexander no pasaba desapercibido. Estaba atravesado ocupando dos plazas de aparcamiento. Los altavoces del equipo hacían retumbar la música y tenía los cuatro faros encendidos. Él estaba apoyado contra las barras del parachoques de acero cromado.

Al verme vino hacia mí. Su pelo rubio estaba debidamente peinado con gel y llevaba puesto el fino jersey beis que le había regalado.

De repente entrecerró los ojos y me lanzó una mirada fulminante, señalando con el dedo índice tras de mí.

—¿Se puede saber quién es ese mequetrefe?

Me di la vuelta, confusa. No me había dado cuenta de que Danijel me había seguido y de que se había quedado plantado detrás de mí, a una distancia prudencial, con los brazos cruzados delante del pecho. Estaba allí plantado, sin cazadora, soportando el frío de la noche.

—Es Danny. —Me di cuenta de que había vuelto a utilizar el nombre que le daban sus amigos. Ahora ya no habría forma de cambiarlo—. Hemos venido juntos.

—Buenas noches —saludó Danny con amabilidad, pero sin dar la más mínima señal de querer tenderle la mano.

—¿O sea que con Vanessa, eh? ¡Y una mierda! —ironizó Alexander, con desprecio—. ¿Qué está haciendo este aquí fuera contigo?

—Me ocupó de ella —respondió Danny, mientras me miraba con cara de reproche—. Ha bebido demasiado. —Como para darle la razón, me tropecé con mis propios pies y casi me caigo al suelo.

—Pues a partir de ahora me ocuparé yo —replicó Alexander, que abrió la puerta del copiloto—. ¡Sube, nos vamos a casa!

Estuve a punto de seguir su imperiosa orden y dirigirme automáticamente hacia el vehículo, pero Danny se interpuso en mi camino, cerrándome el paso.

—Tal vez deberías preguntarle si quiere ir contigo —le dijo con tono desafiante.

—¡Va a venir, y punto!

Danijel no se apartaba de mi camino. Tenía los ojos clavados en Alexander, que recibió el efecto intimidante de su penetrante mirada.

—¡Pregúntaselo! —gruñó. Ni siquiera me sorprendió que mi ex obedeciera.

—¿Quieres venir conmigo? —pronunció de una manera forzada y exagerada.

Negué tímidamente con la cabeza.

—No, en realidad no.

Danny cerró la puerta del copiloto.

—Todo aclarado entonces.

Me puso el brazo sobre el hombro.

—Vayamos adentro. ¿Por qué diablos te has emborrachado?

«Para poder hablar contigo...».

Al ver la confianza con que Danny me trataba, Alexander lo agarró por el hombro y a mí me llevó de la muñeca de vuelta a su vehículo.

No podía aguantarme la risa ante el empeño de llevarme cada uno a un sitio.

Danijel me liberó de la mano de mi ex y se quedó mirándolo fijamente con cara de enfadado. Sin previo aviso, Alexander levantó el brazo y le lanzó un puñetazo, que Danny no tuvo ningún problema en esquivar.

—La situación está empezando a resultar ridícula —intervino Danny con tranquilidad—. Propongo que dejemos esta comedia aquí. ¡Deberías conservar la poca dignidad que te queda, sentarte en tu abigarrado juguete y largarte de aquí!

Sin vacilar ni un segundo, Alexander lo agarró por el cuello, pero Danijel se liberó con un rápido giro, le inmovilizó ambas manos en la espalda y manteniéndolo sujeto lo condujo en dirección al *jeep*. Cuando estuvieron frente a la puerta del conductor, le soltó uno de los brazos, abrió la puerta, lo empujó hacia el interior y la volvió a cerrar. Golpeó el techo del vehículo con la palma de la mano y dijo:

—Buen viaje.

Mi ex estaba rabioso, pero no se atrevió a bajarse. Puso la música a todo volumen e hizo rugir el motor. Por un momento pensé que iba a atropellarnos, pero se limitó a abandonar el aparcamiento a la velocidad del rayo. La escena me resultaba tan familiar que no pude evitar echarme a reír otra vez.

Danny se quedó mirando el *jeep*.

—Qué tipo tan simpático ese Alexander.

—Por lo menos no juega a esa apuesta de los números de teléfono. —Me dejé caer al suelo y él se tambaleó, lo que volvió a provocarme la risa.

Me observó con gesto crítico.

—Debes irte a la cama —decidió, mientras me agarraba por las axilas y me ayudaba a incorporarme—. Vamos a entrar un momento a por mis cosas, avisaré a los demás y luego te llevaré a casa. Mi automóvil está allí.

—¡Estoy estupendamente! —protesté.

Regresamos juntos a la abarrotada discoteca y me acompañó a la barra.

—¡No te muevas de aquí, vuelvo en dos minutos!

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había ratones de trapo colgando del techo. Me pareció tan gracioso que me entró un ataque de risa.

Danny había regresado y me miraba con cara de preocupación.

—Simon volverá con Ricky. Les he dicho que te llevo a casa. ¿Puedes caminar?

—Por supuesto —balbuceé. Me levanté del taburete y me caí cuan larga soy. Con un suspiro, me ayudó a levantarme, colocó uno de mis brazos alrededor de sus hombros y me llevó hacia el aparcamiento. Desbloqueó el vehículo desde lejos y luego me abrió la puerta trasera.

«Tienes que ir en el asiento de atrás como un perro», dijo mi voz interior.

Me dejé caer sobre el cuero claro. Me llamó la atención que tanto las alfombrillas como la iluminación del equipo de música y todas las luces interiores fueran azules. ¡Azules! Había equipado el automóvil a juego con su color de ojos. Me entró otro ataque de risa.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —preguntó, mientras subía al vehículo.

—¡Tú! —respondí, sin parar de reírme.

—Me alegra divertirme tanto. —Encendió el GPS—. Dame tu dirección.

De repente me sentí más despejada.

—¿Qué? —dije con voz quejumbrosa—. ¡No puedo ir a casa en este estado, mis padres me matarían!

—Bueno, esto lo tendrías que haber pensado antes. ¿Tu dirección?

—Llévame directamente al cementerio —le indiqué con teatralidad—. Seguro que hay alguna tumba vacía. ¡Puedes dejarme ahí!

Antes de desplomarme, tuve el tiempo justo de oírle suspirar con resignación.



Lo siguiente que recuerdo es cómo Danny me sacaba a rastras del automóvil. El frío viento de la noche me dio en plena cara.

—¿Dónde estamos? —le pregunté, mientras él apoyaba mi cuerpo contra el suyo.

—En mi casa —respondió—. Se está más calentito que en el cementerio.

Me encogí de hombros con indiferencia. Cualquier cosa me parecía bien, lo importante era poder dormir en paz.

Nos encontrábamos frente a una pequeña casa de dos viviendas. Me arrastró hacia el apartamento de la planta baja. Nada más entrar, oí como alguien hablaba en voz baja.

—Espera aquí un momento. —Danny subrayó su orden haciendo una señal con la mano y avanzó por el pasillo hacia la sala de estar. Por supuesto, yo le seguí a pesar de sus indicaciones. A la derecha se situaba un sofá enorme, que a su vez servía de separador de la habitación contigua. A la izquierda, en la pared, había un televisor emitiendo una de esas series cómicas. Él tomó el mando a distancia de encima de la mesa y lo apagó. Una muchacha estaba tumbada en el sofá, durmiendo. No pude ver gran cosa de ella —su pelo negro azabache le tapaba la cara y colgaba hasta tocar el suelo. Supuse que sería uno o dos años mayor que yo. Danny agarró una manta de algodón que había a los pies del sofá y la tapó.

—¿Quién es esta? ¿Tu novia? —Si no hubiese estado tan borracha, seguramente no me habría atrevido a preguntárselo.

—Algo así —respondió, arrastrándome de nuevo hacia el pasillo. Con mucho cuidado, cerró la puerta detrás de nosotros—. Es Christina. Es prácticamente parte del mobiliario. Puedes dar gracias de que esté en el sofá. Esto significa que tú puedes dormir en mi cama.

Aunque parezca ridículo, me alegré por ello. Una vez en el dormitorio, lo único que quería era tumbarme. Arrojé las botas y los *jeans* en una esquina y me pregunté por qué demonios Danny volvía a suspirar. Justo cuando estaba a punto de quitarme el jersey, sacó una camiseta de la cómoda y me la tiró.

—Puedes ponerte esto para dormir. —Se dio la vuelta un momento para que pudiera cambiarme. A mí me habría dado igual si no lo hubiese hecho. En bragas y camiseta me dejé caer sobre la cama doble. Todo daba vueltas a mi alrededor. Fui vagamente consciente de cómo Danny me tapaba hasta las caderas y después se volvió para salir de la habitación.

En un impulso le agarré la mano y me la puse bajo la mejilla.

—Quédate aquí —le pedí—. No me encuentro bien. No quiero quedarme sola. ¡Creo que me voy a morir!

—No es tan fácil morir —respondió suavemente. En su voz detecté un matiz que no fui capaz de interpretar. Estaba demasiado cansada para pensar.

—¡No te vayas! —Lentamente se tumbó en la cama tras de mí y deslizó su brazo por debajo de mi cabeza, de tal manera que me servía de almohada. Con mucho cuidado me apartó algunos mechones de la frente y me acarició varias veces el pelo. A pesar de estar medio dormida, sentí la ternura sus caricias. La ropa de cama olía a él. Me sentí segura y protegida, y en cuestión de segundos me quedé dormida.



El sol me daba en los ojos todavía cerrados. Con pereza, parpadeé ante la potente claridad. Tenía un dolor de cabeza terrible. Las sábanas olían tan intensamente a Danny que enseguida me acordé de dónde estaba. Como era de esperar, el otro lado de la cama estaba vacío y no parecía que nadie hubiese dormido en él. Me incorporé con cuidado. Si me movía despacio, conseguía mantener el dolor de cabeza dentro de unos límites soportables. Miré a mi alrededor con curiosidad. La habitación estaba pintada de blanco, la ropa de cama era de algodón, con un estampado a rayas azules,

y había algunos muebles de haya clara: un armario muy grande, dos mesitas de noche y una cómoda. No me sorprendió el hecho de que tanto las cortinas como la alfombra fueran también azules.

La habitación estaba muy limpia y ordenada, tan solo se veía un montón de ropa en una esquina. Tardé un momento en acordarme de que era mía. Sentí que me sonrojaba.

Hundí por última vez la nariz en la almohada y aspiré el olor de champú, gel de ducha y suavizante. Me habría gustado quedarme en su cama para siempre, pero de pronto me resultó embarazoso haber estado allí tumbada medio desnuda. El hecho de que, a pesar de ello, Danny no me hubiera tocado, no paraba de darme vueltas por la cabeza. ¿Cuántas pruebas más necesitaba para asumir que ese tipo no tenía ningún interés en mí? ¿Tal vez era gay?

Pero luego me acordé con todo lujo de detalles de cómo había flirteado con aquellas dos atractivas chicas y deseché inmediatamente esta posibilidad.

Me levanté de la cama con torpeza y me dispuse a descubrir dónde estaba el cuarto de baño. Me deslicé en la habitación contigua acarreado mi montón de ropa. No era el baño, sino más bien una combinación de despacho y gimnasio. En un rincón, bajo la ventana, estaba el escritorio; en otro colgaba un saco de boxeo. En el suelo había una colchoneta y, en el techo, una especie de barra de ejercicios. En la pared se exhibían varios diplomas, y dentro de una vitrina podían apreciarse algunos trofeos que observé con curiosidad. Comprobé que eran de *kick boxing*. ¿Por qué demonios no podía jugar al fútbol o al tenis como todos los demás?

Me quedé mirando el diploma que tenía a la izquierda.

«¡Oh, Dios mío!».

El año anterior había ganado el campeonato mundial amateur de *kick boxing*, contacto total, en la categoría de peso medio.

«¿Qué es lo que estoy haciendo aquí exactamente?».

De nuevo me acordé de que estaba en una casa extraña y que tan solo llevaba puestas unas bragas y una camiseta. Esto me hizo volver a la realidad. Regresé al dormitorio, salí al pasillo y lo intenté con otra puerta. Bingo. Sin pensármelo dos veces, me metí bajo la ducha y me enjaboné con un gel de baño para mujeres que encontré allí mismo.

Era evidente que Christina vivía allí, y esto no me venía nada bien. ¿Quién diablos era esa chica?

Saqué una de las toallas del armario, me sequé y me puse mis *jeans*. El jersey despedía un olor insoportable a humo de tabaco, así que decidí volver a ponerme la camiseta de Danny. Por un momento jugué con el pensamiento de usar su cepillo de dientes, pero no estaba segura de si el azul era el suyo. Me limité a hacer gárgaras con agua y a cepillarme el pelo con esmero. Usé también el desodorante de Christina. Me sentí fresca como una rosa. Salí de nuevo al pasillo mucho más segura de mí misma y, al otro lado, oí como alguien manipulaba la vajilla. Fui hacia allí. La cocina era pequeña y acogedora, con muebles claros, una pequeña mesa redonda y dos sillas.

—He puesto la mesa en el comedor —gritó una agradable voz de muchacha desde la habitación contigua—. Ven aquí.

¿El comedor? ¿Pero cuántas habitaciones tenía la casa? ¿Para qué necesitaba una persona tanto espacio?

«¡No está solo, Jessica!».

Atravesé la puerta abierta con decisión. La chica que había visto la noche anterior en el sofá me recibió con una gran sonrisa. Christina. Era muy menuda y considerablemente bonita.

—Buenos días, Jessica —gorgoriteó.

En cualquier otro sitio y en cualquier otra situación me habría resultado simpática en el acto, pero ya había decidido odiarla profundamente para siempre. La ropa que llevaba no hizo más que incrementar mis recelos. A pesar de que era otoño, llevaba unos mini shorts y un top de tirantes escotadísimo. Sus generosos pechos se perfilaban muy claramente bajo la tela y se balanceaban a cada paso que daba. Para ella el sujetador debía de ser algo superfluo. Me examinaba desde unos ojos de color verde esmeralda. Su mirada me atravesaba casi tanto como la de Danny. Si hubiera tenido los ojos azules, habría pensado que eran hermanos solo por la intensidad del color. Sin embargo, no se parecían en nada más.

—Siéntate, vamos —me pidió Christina con amabilidad, mientras me acercaba una silla.

—Muchas gracias —acepté.

—Danny ha salido a correr. Debería estar de vuelta pronto. No contaba con que te levantarías tan temprano. ¿Quieres café?

—Sí, gracias. —Se inclinó sobre la mesa y me llenó la taza. Sin poder evitarlo, clavé los ojos en su escote y pude ver todo lo que había que ver. La envidia me hizo hervir la sangre al pensar que quizá todas las mañanas le servía a Danny el café de esa manera.

Me pasó la leche y el azúcar. Sobre la mesa había panecillos del día, mantequilla y varios tipos de mermelada.

—¿Y tú quién eres? —pregunté. Me bebía el café de prisa, a pesar de que todavía estaba demasiado caliente.

—Christina —respondió—. Pero todo el mundo me llama Tina.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Esto es un piso compartido?

Sacudió la cabeza con gesto defensivo.

—No, esto es la casa de Danny, yo solo estoy aquí temporalmente.

—Se encogió de hombros con aire de resignación—. Mal ambiente en casa, ¿entiendes?

—¿Y él fue tan amable de ofrecerte su sofá? —La idea me irritaba.

—En realidad tengo mi propia habitación. Me quedé dormida en el sofá.

¿Una habitación propia para alguien que solo estaba aquí temporalmente? ¿Cuánto tiempo era temporalmente?

—Puedes estar contenta de que me durmiera en el sofá, si no nunca habrías acabado en la cama de Danny —prosiguió. Hizo una pausa dramática antes de añadir—: Por desgracia tengo que decirte que él, en cambio, durmió en mi cama.

¿Acaso me estaba provocando? Decidí ceder a la provocación.

—¿Habéis dormido juntos en la misma cama? Qué bonito...

Christine sonrió.

—No, ayer no. Yo estaba en el sofá. Pero a veces también duermo en su cama, sobre todo cuando no puedo dormir o cuando me siento sola.

—¡Qué conmovedor!

En ese momento Danny entró en el comedor. Mi corazón dejó de latir por un instante.

—Buenos días —saludó. Llevaba ropa de deporte y estaba sudado de la carrera. Tenía el pelo enmarañado y me dirigió una gran sonrisa—. Has sobrevivido, ¡qué milagro!

Se acercó a la mesa y me colocó brevemente la mano en el hombro. Sentí como si saltaran chispas. Me lo quedé mirando electrizada, pero él se dirigió a Christina.

—Voy a darme una ducha rápida. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la sien, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Gracias por preparar el desayuno, Tina.

Ella asintió con la cabeza, sonriente, y yo me quedé mirándolo fijamente, con la boca abierta, mientras salía del comedor.

Al parecer, Christina se percató de mi desazón, porque vino a sentarse a mi lado y me dijo:

—No te preocupes. Danny no es mi novio, nunca lo ha sido.

—Pues lo parece. —Decidí que al menos intentaría que me cayera bien. Tomé el desayuno de mala gana.

Cuando Danny volvió, fingí no darme cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Grrr —refunfuñé.

—Ven, te enseñaré el apartamento —propuso Christina. A pesar de que hubiera preferido quedarme con Danny, la seguí hasta la sala de estar. Los muebles eran de madera negra con grandes puertas de cristal. No sé por qué, pero el hecho de que no hubiese nada azul me tranquilizó. Christina abrió la puerta que daba a la terraza y salió demasiado ligera de ropa. Unos setos altos separaban el pequeño jardín del de los vecinos. En la terraza había muebles cubiertos. Era realmente idílico. La calle desembocaba directamente en un camino de tierra. Tiritando, nos metimos de nuevo en casa y me condujo a través del dormitorio de Danny hasta la habitación contigua.

—Esto es su despacho y su gimnasio. En general entrena por la noche, antes de ir a dormir.

Oculté el hecho de que ya había entrado allí y me pregunté qué le daba a ella derecho a pasearse por las estancias con aquella familiaridad. Y ya fue el colmo cuando, al pasar de nuevo por el dormitorio de Danny, estiró las sábanas con delicadeza. Luego me enseñó el cuarto que había justo al lado de la entrada, a la derecha.

—Esta es mi habitación —anunció con orgullo.

Su tamaño era idéntico al de las otras, pero no tenía ningún despacho contiguo. Disponía de una cama, un sofá y un pequeño escritorio, sobre el que reposaba un voluminoso ordenador portátil. La ropa de Christina estaba esparcida por el suelo junto con un montón de zapatos de tacón tan alto que yo me habría roto las piernas con solo intentar sostenerme sobre ellos.

Danny también había entrado en la habitación.

—Te llevo a casa —dijo, a pesar de que a mí me habría gustado quedarme un poco más.

—Encantada de conocerte —se despidió Christina, tendiéndome la mano. Me sorprendió que una persona tan delgada estrechara la mano con tanta firmeza—. Tal vez volvamos a vernos. —De su tono de voz no pude deducir si quería o no que fuera así.

—Sí, seguro que sí —sugerí débilmente—. Muchas gracias por el desayuno.

Hizo un gesto de despedida con la mano, recogí mis cosas y seguí a Danny hasta el automóvil. Me abrió la puerta del copiloto.

—Oh, ¿hoy puedo ir delante?

—Excepcionalmente, pero no te acostumbres. —Conectó el GPS y le di mi dirección. El reproductor de CD emitía una música épica que yo no conocía. Bajó el volumen. De repente sentí que debía darle las gracias. Al fin y al cabo, no es lo más habitual cobijar en tu casa a alguien que apenas conoces.

—Gracias por haberte ocupado de mí y todo eso —pronuncié en voz baja.

—No hay problema. Pero de ahora en adelante solo deberías beber lo que puedas tolerar. O sea, lo mejor es que solo bebas agua.

Danny se guiaba por el GPS y conducía demasiado deprisa. Yo, sin embargo, me sentía segura y preferí no hacer ningún comentario.

De pronto me acordé de que debía avisar a Vanessa de que todo iba bien. Tenía un mensaje en el móvil:

¿Has llegado bien a casa?

¿Jess? ¡Dime algo, por favor!

Escribí:

Nessa, todo va bien. He dormido en casa de Danny, ahora me lleva a casa. Te llamo más tarde.

Guardé el móvil con una sonrisa en los labios y le dije a Danny:

—Creo que Vanessa ha perdido completamente la cabeza por tu amigo Ricky. Espero que no se aproveche de ella.

—Los dos son mayorcitos para saber lo que hacen —replicó.

—¿Se puede saber quién es esa Christina? —No podía más, tenía que saberlo.

—Mi mejor amiga, está pasando una temporada conmigo.

Decidí darme por vencida, así nunca iba a conseguir información nueva.

El trayecto no fue muy largo. Danny detuvo su BMW en el aparcamiento del hostel que había cerca de la casa de mis padres y puso el freno de mano. Me miró expectante.

—Estás en casa.

Con un movimiento vacilante le tomé la mano para atraerlo hacia mí, para despedirme, tal vez incluso para darle un beso fugaz.

Él la apartó a la velocidad del rayo, como si hubiese intentado morderle, y me gritó:

—¡No hagas eso!

Me quedé completamente desconcertada y solo pude mirarlo fijamente, con la boca abierta. Él cruzó los brazos delante del pecho y esperó.

—Eh —empecé a decir muy confundida—, quería... bueno... pensaba... eh, pensaba...

—Me da exactamente igual lo que pensaras, Jessica. Adiós.

Me acordé de la delicadeza con la que me había acariciado el pelo hacía tan solo unas horas, en su cama, y no entendí nada. Ese tipo era la contradicción personificada.

—¿Acaso me estás echando? —repuse, ofendida.

—Todavía no, pero lo haré enseguida.

—¿Por qué de repente te comportas así conmigo? —Por lo menos me debía una explicación. Apretó los labios y respiró profundamente, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para controlarse.

—Escucha —dijo con un poco más de suavidad—, siento si me has malinterpretado, pero de verdad que no estoy de humor para una relación y todas esas tonterías. Mi vida ya es bastante complicada. No te necesito y te agradecería mucho que te largaras ahora mismo.

Sentí como si me apuñalaran en la boca del estómago. Después, la decepción fue reemplazada por la ira.

—¡Eres un maldito hipócrita! —espeté.

—Bueno... —dijo con una tranquilidad asombrosa, antes de bajarse del vehículo, rodear el capó con pasos rápidos y abrir la puerta del copiloto—. ¡Ha llegado el momento en el que te echo!

Me bajé del automóvil resoplando, le arrebaté la puerta y la cerré dando un portazo.

—¡Vete al infierno! —lo increpé.

—¡Ya me gustaría, pero me lo estás impidiendo! —replicó él, irritado.

Apreté el bolso contra mi pecho y pasé junto a él con la cabeza alta, sin decir una palabra más. Lo único que quería era irme a casa a lamerme las heridas. Empezaría por la más profunda. Era tal la desilusión que sentía, que antes de llegar a la puerta de entrada los ojos se me llenaron de

lágrimas. En silencio lloré la pérdida de algo que nunca había tenido. Esa noche me quedé despierta hasta tarde, antes de caer en un sueño agitado.



Estoy completamente empapada en sudor, corriendo por un estrecho callejón. Siento los latidos del corazón en el cuello mientras el camino se desdibuja ante mis pies. Asustada, me doy la vuelta. También detrás de mí se diluye el camino, hundiéndose en un mar azul helado. Las paredes que tengo a derecha e izquierda se me acercan cada vez más, convirtiéndose en una espesa niebla azul. El color azul es omnipresente, me envuelve y me quita el aliento.